

—*Su poesía musical y despojada no es rica en imágenes. ¿A qué atribuye este desdén por la metáfora como vehículo expresivo?*

—Considero que la metáfora tiene un indudable valor poético, porque en el fondo de toda metáfora existe un esfuerzo por establecer una comparación, una correspondencia entre las cosas del universo, pero no tengo gran interés por la imagen poética, que fue preocupación obsesiva de los movimientos vanguardistas europeos e hispanoamericanos y con menos intensidad, de algunos poetas de la generación del 27, porque considero que la metáfora puede llevarnos a caer en la poesía de ingenio y ese temor a caer en lo ingenioso es lo que ha ocasionado que mis poemas se encuentren más bien despojados de metáforas.

—*Algunos críticos como Jaime García Mafla han definido su poesía como una música puesta en verso, lo que nos hace pensar que su relación con la misma ha sido muy estrecha. ¿Podría contarnos cómo se produce su encuentro con la música y qué compositores lo han marcado de forma más significativa?*

—Esa opinión de García Mafla es muy generosa, como todas las que ha formulado sobre mi poesía, pero creo que no es muy exacto, pues eso podría decirse más bien de la poesía de León de Greiff, que recoge la herencia simbolista. De Greiff tiene un verso que más o menos dice «son una sola la música y la poesía». Pienso que no ocurre así, ya que la música es sólo sonido, mientras que la palabra es sonido y sentido. En mi caso es cierto que he mantenido desde que era muy joven una relación constante con la música, sobre todo con autores entrañables como Schubert, Brahms y Schumann y, claro está, Mozart, cuya música me proporciona una gran alegría.

—*Su poesía de carácter intimista tiene poca vinculación con el paisaje físico que lo rodea, pero existe un poema de su libro Los adioses titulado «Llanura de Tuluá» que sin duda es una de las estampas más acabadas de lo que tristemente se ha denominado la violencia colombiana. ¿Nos podría hablar de la génesis de este poema?*

—En efecto, mi poesía obedece más a motivaciones internas que a motivaciones externas, pero no por eso es ajena a la crisis espiritual de Colombia, sumida en una lucha fratricida desde hace 60 años —porque se habla de 40 años de violencia y al parecer se olvida que ese fenóme-

no viene desde 1947—, o sea que ya van a cumplirse 60 años de esa violencia endémica que cubre todos los aspectos de la vida colombiana y que forzosamente origina una preocupación ineludible por el destino del país, signado por la sombra de la muerte que todos sentimos cerca y que nos lleva a expresarnos poéticamente sobre su presencia. A mí me tocaba por razón de mi trabajo viajar continuamente en los años 50 por el Valle del Cauca, que fue una de las zonas más afectadas por el sectarismo y el bandidaje político; por eso el poema lleva ese título, que lo liga a esa zona del país marcada por la violencia y por la muerte.

—*Rafael Gutiérrez Girardot ha señalado que su obra es ejemplarmente breve, tan sólo 35 poemas y que esta brevedad se debe a su extremo rigor. ¿No cree que ha sido un juez demasiado severo consigo mismo?*

—Voy a permitirme corregir a Rafael. En realidad son un poco más de 40 poemas, pero tampoco muchos más. Creo que lo reducido de mi producción poética obedece al deseo o a la aspiración de que la palabra poética corresponda en todo momento a una necesidad espiritual o mejor dicho a una urgencia poética. En realidad, no creo en la posibilidad de escribir voluntariamente poesía, es decir, de escribir poesía siguiendo un propósito determinado, sino que la poesía como operación mágica debe surgir en momentos de verdadera felicidad creadora y esos momentos no son frecuentes en la vida del hombre. Aunque la verdad es que esta situación a mí mismo me molesta, pues quisiera en realidad haber escrito más poemas.

—*Usted es uno de los miembros destacados de la revista Mito que introdujo definitivamente a las letras colombianas en la modernidad. ¿Cree usted, como creía Jorge Gaitán Durán y la mayoría de los miembros de esta revista, que la cultura puede ser utilizada como arma de acción social y política o piensa que la poesía no puede tener otro papel distinto del estético?*

—En primer lugar habría que distinguir entre la cultura y la poesía. No cabe duda de que una de las funciones de la cultura es mejorar la vida humana. Recuerdo una de las frases de Mallarmé quien aseguraba que «con una buena literatura el mundo será mejor», pero creo que la poesía como arma política es absolutamente ineficaz y abandona su misión más auténtica que consiste en crear un lenguaje dentro del len-

guaje, en dotar de mayor expresividad a la lengua para permitirle penetrar en los aspectos misteriosos y oscuros de la experiencia humana.

—*Hablemos ahora un poco de la poesía colombiana. Hay un poeta insular que acaso por no pertenecer a ningún grupo ha permanecido olvidado y sólo empieza a ser valorado en su justa medida en nuestros días; se trata de Aurelio Arturo, el autor de Morada al sur. Usted fue uno de los primeros en comentar que reconocía en sus versos una orientación hacia nuevas posibilidades de concebir lo lírico. ¿Podría comentarnos cuáles son esas nuevas posibilidades líricas que se abren con la poesía de Aurelio Arturo?*

—Sí, creo que fui el primero en reparar en la poesía de Aurelio Arturo, que había quedado silenciada entre el grupo de *Los Nuevos* y la generación de los *Piedracielistas*: Eduardo Carranza, Jorge Rojas, Carlos Martín, etc. La poesía de Aurelio Arturo se hallaba dispersa en una serie de viejas revistas que encontré en la Biblioteca Nacional y al leer sus versos advertí de inmediato su gran valor, lo que me movió a dedicarme a destacarla.

—*Hablando de la poesía colombiana, Juan Gustavo Cobo Borda ha sostenido muchas veces que si en Colombia existe una verdadera tradición esa es la tradición de la pobreza. ¿Qué piensa usted de esa afirmación?*

—Creo que se trata de una frase efectista. En las letras colombianas han existido nombres valiosos desde la misma Colonia, pensemos en el caso de Hernando Domínguez Camargo. Luego habría que mencionar a Rafael Pombo, que es quizás el mejor poeta del romanticismo hispanoamericano, y a un novelista y también poeta como Jorge Isaacs, que aparte de su novela *María*, escribió un largo poema titulado «Saulo», precursor de la poesía simbolista, y posteriormente el caso de José Asunción Silva, que fue el primer poeta simbolista que hubo en Hispanoamérica, y en el campo humanista existen figuras también muy valiosas como Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro y el poeta parnasiano Guillermo Valencia, que aunque no es muy leído hoy en día sí fue muy importante en su momento, de manera que esa afirmación de Cobo Borda me parece exagerada.

—*No cabe duda de que la revista Mito ha sido la aventura intelectual más importante vivida por las letras colombianas, pues se opuso*

*desde sus inicios al pensamiento dogmático que impedía la circulación de ideas nuevas y por ende de cualquier cambio. ¿Por qué cree usted que desde la desaparición de la revista en 1962 no ha existido en Colombia otra empresa intelectual semejante?*

—Creo que ese momento fue excepcional en la cultura colombiana al reunir en torno a una revista a personas de la relevancia literaria de Jorge Gaitán Durán, Pedro Gómez Valderrama, Hernando Valencia Goelkel, Rafael Gutiérrez Girardot y Jorge Eliécer Ruiz, entre otros.

*—Baudelaire definió el progreso como la progresiva decadencia del espíritu y el progresivo predominio de lo material, afirmación que hoy en día parece irrefutable. Dentro de este mundo dominado por la técnica y lo material ¿Cuál cree usted que será el futuro de un arte tan espiritual como la poesía?*

—Esa afirmación de Baudelaire es célebre y yo la suscribiría plenamente. Pero a pesar del predominio de lo material, en nuestros días la poesía no puede desaparecer ya que su fin es expresar en todo momento la experiencia humana de acuerdo con la vibración espiritual de cada época que se vive y a pesar de que lo material pretenda avasallarnos, el espíritu encontrará siempre un lugar, en medio del tránsito del mundo, para manifestarse.

*—¿Cuál cree usted que debería ser el papel de la poesía y de los intelectuales colombianos en los momentos actuales en que el país se sigue desangrando en una guerra fratricida sin término y en que la democracia se sacrifica cada día más en aras de la llamada política de seguridad nacional?*

—En efecto, creo que en los actuales momentos existe una ausencia de la voz del intelectual en el concierto nacional, aunque la poesía resulte, como he dicho anteriormente, una herramienta ineficaz para combatir la violencia y el caos. Todos los intelectuales deben esforzarse y exigir que predomine en todo momento una voluntad de diálogo con las fuerzas al margen de la ley, porque con la sola fuerza de los cañones lo único que se alcanza es la destrucción y la muerte permanente.